

Política Para Lograr el Cambio

- ★ Falta una de las Bases Para Decidir
- ★ Se Requiere Conocer a las Corrientes
- ★ La Reforma es una Tarea Ineludible

LORENZO MEYER

Cuando uno se encuentra fuera de su país pero insiste en escribir sobre él, le conviene usar los enfoques más antiguos.—Aristóteles los empleó con buenos resultados— y que es el análisis político comparado. Como el sistema político que tengo a la mano es el estadounidense, puesto que temporalmente me encuentro viviendo en Estados Unidos entonces usare al sistema que está al norte del río Bravo como contraste, pero sin que ello signifique una preferencia ideológica.

Dicho lo anterior, vamos al grano. Hace dos meses México empezó a escribir un nuevo capítulo en su historia política. El resultado de las elecciones del 6 de julio tiene el potencial de convertirse en el principio de un cambio fundamental y positivo en nuestra historia política, pero tal resultado no está asegurado de antemano y el

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

Urge un

Sigue de la primera plana

futuro deseado aún se nos puede escapar.

Entre los requisitos indispensables para institucionalizar el cambio que se dio en las pasadas elecciones, está el de contar con un verdadero sistema de información política que permita a los nuevos actores —a la mayoría ciudadana no organizada, y que hasta antes del 6 de julio estaba prácticamente marginada del proceso de toma de decisiones— desempeñar su papel con conocimiento de causa.

La democracia real no es un sistema que permita al ciudadano común aspirar a ocupar los altos cargos de dirección política, sino algo más modesto pero importante: contribuir con su voto y movilización a decidir cuál de las varias élites políticas en competencia deberá ser la legítima gobernante por un periodo y bajo unas reglas predeterminadas. Sin embargo, para tomar tal decisión ese ciudadano requiere de información suficiente e interpretación alternativa de los hechos políticos importantes. En México aún no existe ese sistema de información y, por lo tanto, está faltando una de las bases fundamentales para hacer realidad el futuro democrático al que supuestamente aspiramos como el medio ideal para resolver nuestros dos graves problemas históricos: la pobreza y la injusticia.

★

De acuerdo con los resultados de la encuesta que la Agencia Gallup llevó a cabo en nuestro país entre mayo y junio de este año, las dos terceras partes de los entrevistados aseguraron haber obtenido toda su información política de una sola fuente: la televisión. Para efectos de la formación de sus opiniones políticas, los periódicos fueron consultados apenas por uno de cada 10 ciudadanos. En realidad, en términos cuantitativos esta situación mexicana no es muy diferente de la que impera en Estados Unidos o en otras de las democracias occidentales, la diferencia es cualitativa.

En los países donde la democracia política es el sistema dominante la televisión no puede presentar sólo o preponderantemente el punto de vista oficial sobre los asuntos políticos, sino que tiene que dar igual oportunidad en tiempo y calidad a la oposición. Es más, en la práctica este medio no se concreta a presentar los puntos de vista de los actores políticos sino que también los examina con cierto ojo crítico buscando subrayar las fallas y las contradicciones.

Un ejemplo estadounidense de lo anterior lo constituye el tipo de cobertura que la televisión norteamericana está dando a la actual campaña presidencial. En primer lugar, ninguno de los candidatos tiene asegurado de antemano un espacio en la televisión, tiene que ganarse aborstando temas que sean, o al menos parezcan, importantes. En segundo lugar, este medio informativo es muy cuidadoso en no dar mas atención a un candidato que a otro. Finalmente, y esto es quizá lo más importante, la televisión invierte recursos e imaginación en someter a la prueba de los hechos algunas de las afirmaciones de los can-

pre
ga
ba

Sistema de Información Política

didatos. Si por ejemplo, a las seguridades dadas por el vicepresidente Bush —el candidato presidencial republicano— en el sentido de que su programa económico permitirá crear 30 millones de nuevos empleos en los próximos 8 años, la televisión respondió con entrevistas a expertos que pusieron en duda la espectacular afirmación.

Por otro lado, a la supuesta atención que el candidato demócrata, el gobernador Dukakis, daría como Presidente a la protección del ambiente, esa misma televisión contestó mostrando con palabras e imágenes el deterioro de la bahía de Boston, cuya regeneración era responsabilidad del candidato demócrata.

La investigación y discusión sobre el mal uso de las influencias familiares del candidato republicano a la vicepresidencia, el senador Dan Quayle, para evitar ser enviado a Vietnam en los años 70 así como para ingresar a la Escuela de Derecho a pesar de tener calificaciones inferiores a las requeridas, fueron llevadas por la televisión a un punto que pareció excesivo para el grueso de la opinión pública. Esto sugiere que en un sistema político abierto el medio informativo cuantitativamente más influyente puede a veces no sólo responder a las preocupaciones sociales dominantes sino que también puede desperdiciarlas.

★

En nuestro país —y así lo hemos visto durante la campaña presidencial lo mismo que en los dramáticos acontecimientos posteriores— la dualidad monolítica que domina nuestra televisión, Televisa-Imevisión, se ha concretado básicamente a dar un solo punto de vista: el del gobierno y su partido. Por lo menos la mitad del electorado mexicano votó por la oposición en julio, pero hasta el día de hoy la televisión insiste en marginar cuando no en ignorar, el punto de vista de aquellos que tienen el apoyo de la mitad o más de los votantes mexicanos.

De hecho la televisión ha evitado conscientemente ser un transmisor equilibrado de información; es más, en varios casos simplemente ha suprimido noticias importantes por convenir así a los intereses del gobierno y de su partido. Tal cosa ocurrió, por ejemplo, durante la campaña presidencial, en las sesiones televisadas de la Comisión Federal Electoral o durante el informe presidencial. Es un hecho que en México el análisis serio e imparcial de los puntos de vista de los partidos de oposición sencillamente no existen en la televisión.

Y no sólo eso, sino a veces lo que pasa por análisis, como fue el caso de un programa reciente de "60 minutos" supuestamente dedicado a presentar y examinar a los candidatos de la oposición, en cualquier otro país hubiera dado lugar a un juicio contra su autor por difamación. No debe pasar inadvertido el hecho de que la zona del país donde se supondría que la influencia de la televisión mexicana sería mayor —la zona centro— el voto en contra del candidato apoyado por esa televisión fue el mayoritario. Uno puede suponer que lo anterior muestra el divorcio entre la televisión y el televidente ha llegado a

un punto tal que existe una correlación negativa entre el apoyo de los conductores de los noticieros nacionales y la reacción del público: A mayor apoyo de éstos menor apoyo del público y viceversa.

La experiencia británica durante la Segunda Guerra Mundial, es decir la de la BBC, demostró que a la larga la mejor manera de mantener la credibilidad del gobierno y de los medios de información en los momentos de crisis, consiste en dejar operar a éstos bajo las reglas de la ética y responsabilidad profesional. A la larga no hay alternativa para mantener la credibilidad del medio y del gobierno.

En México no existirá verdadera información para la democracia y ésta no echará raíces, mientras no se haga una reforma de la televisión, de tal manera que se ponga fin a la alianza *non sancta* que se estableció desde los orígenes de la televisión con el gobierno y su partido.

La televisión oficial no tiene por qué seguir siendo un simple instrumento del gobierno para la defensa indebida de intereses partidarios. La experiencia de otros países, como es el caso de Inglaterra, muestra que para la radio y la televisión es posible combinar su carácter de institución pública con la objetividad y la imparcialidad democrática.

Imevisión puede y debe ser manejada con criterios profesionales, y tal profesionalismo puede y debe ser protegido haciéndola responsable no ante la Secretaría de Gobernación, sino ante un cuerpo colectivo en donde domine la idea de la defensa del interés general por sobre cualquier otra cosa.

Por lo que hace a la televisión comercial, la privada, la solución norteamericana puede ser una alternativa, aunque no es la única posible. En Estados Unidos la estructura de su televisión gira alrededor de tres grandes consorcios nacionales —ABC, CBS y NBC—, lo que no impide que existan otros menores, así como una multitud de estaciones locales que reciben su material de las grandes cadenas pero sin ser necesariamente propiedad de éstas. Además, hay una televisión pública cultural que es financiada directamente por empresas particulares y por el público televidente. Sea ésta o cualquier otra la solución que finalmente se adopte, es inevitable que la verdadera reforma de la televisión mexicana pasa por la creación de opciones en la televisión comercial y de la profesionalización de la televisión pública.

Reestructurar a la televisión privada mexicana significa aceptar a un enorme interés creado, a uno de los grupos económicos más poderosos de nuestro país. Sin embargo, por imposible o difícil que parezca esta empresa hay que intentarla, pues es necesario arrancar de la televisión la raíz autoritaria en la que hoy se encuentra anclada. En el pasado, la televisión se sirvió de la sociedad mexicana en una proporción mucho mayor de la que sirvió a la sociedad. Hoy existen las razones y las condiciones para invertir esta situación. La reforma política de la televisión mexicana es una tarea ineludible del futuro cercano, ojalá que todos los comprometidos estén a la altura de las circunstancias.